

EN TORNO A LA ECONOMÍA POLÍTICA

DEL CRECIMIENTO *

Paul A. Baran

Al examinar nuevamente este libro con el propósito de escribir un prólogo para las traducciones francesa y alemana, así como para una nueva edición norteamericana, experimento una fuerte impresión de ambivalencia. Tengo, en primer término, la idea de que quizás no sea demasiado inmodesto de mi parte someter a la consideración del lector, una vez más, esta obra en su forma original. Ni los acontecimientos históricos, ocurridos desde que fue escrita, ni la reflexión y estudio subsiguientes, estimulados en parte por la crítica a que ha estado sometida, han hecho variar mi convicción de que tanto el punto de vista que presenta como el argumento que propone, *considerados en conjunto*, son aún enteramente válidos. Pero hay otras consideraciones —que no se refieren al todo sino a las partes— que son menos satisfactorias; pues si en este momento tuviera que escribir de nuevo el libro procuraría eliminar los que ahora me parecen puntos débiles y desarrollaría varios de sus temas de manera mucho más amplia y convincente. Sin embargo, como el apremio de otro trabajo, relacionado con éste, me imposibilita a dar cima a esta importante empresa, muy a mi pesar debo adoptar el principio de “olvidar el pasado” y tratar de resolver el antagonismo entre el todo y las partes por medio de esta nota preliminar que se ocupa sucintamente de los aspectos del libro que más necesitan de complemento y reconsideración. El orden en que aparecen los tópicos está determinado no tanto por su importancia general, cuanto por la sucesión que guardan en el propio libro.

I

Aun cuando con todo empeño he tratado de aclarar la confusión reinante en relación con un concepto fundamental de la teoría económica —el de la *soberanía del consumidor*— no ha sido nada espectacular el éxito alcanzado. Son pocos los demás campos donde sean más palpables y perjudiciales las limitaciones con que tropieza el economista convencional, para adquirir el conocimiento íntimo de la naturaleza de las cosas, que en el tratamiento de este tema. Como se encuentra irrevocablemente comprometido a dar por sentado el orden económico y social existente, así como a pensar, de modo exclusivo, en categorías que ponen de manifiesto relaciones capitalistas de producción, hasta el más capacitado de los economistas académicos se ve atrapado inexorablemente por el predicamento básico de

* Prólogo a las versiones francesa y alemana de 1962 del libro *La economía política del crecimiento*. Paul A. Baran. F.C.E., 1960. (Versión al castellano de Rubén Pimentel.)

todo pensamiento burgués: la coacción a escoger sin interrupción entre alternativas igualmente perniciosas. A semejanza del condenado a muerte a quien se le concedió “libertad de elección” entre ser ahorcado o fusilado, la economía capitalista se encuentra eternamente importunada por el problema de si es mejor la irracionalidad del monopolio que la anarquía de la competencia; si la acumulación de medios de destrucción es preferible a la desocupación; o si la desigualdad del ingreso y la riqueza, que producen el ahorro y la inversión por parte de los ricos, es mejor que una participación equitativa y ahorro e inversión sumamente disminuidos. El problema de la soberanía del consumidor se considera, de igual modo, como el caso de si el consumidor —por muy expuesto que esté al fuego graneado del anuncio y a la poderosa influencia del arte de vender— debe dejarse en libertad para gastar su ingreso en la forma que le plazca o debe obligársele a aceptar la cesta de víveres que cualquier “comisario” juzgue más conveniente para él. Puede advertirse de inmediato que si se le coloca ante *este* dilema, el economista se encuentra, en realidad, en un verdadero predicamento. Si se inclina reverentemente ante la verdad absoluta de las “preferencias manifiestas” del consumidor, se coloca en la molesta situación de tenerse que rehusar a exponer algún juicio sobre la composición resultante de la producción y, por tanto, sobre todo el despilfarro y la degradación cultural que caracterizan, con tanta evidencia, a nuestra sociedad; y si, por el contrario, rechaza las preferencias manifiestas del consumidor como la *ultima ratio* en favor de una serie de decisiones impuestas por el gobierno, esto le sería igualmente penoso porque significa el repudio de todas las enseñanzas de la economía del bienestar y —lo que es más importante— de todos los principios de la libertad individual que, con toda justicia, el economista se esfuerza por mantener.

En dos variantes aparece la reacción conservadora a esta situación de perplejidad. Una escuela de pensamiento trata el problema negando su existencia. Sostiene esta escuela que la idea de la conformación de los gustos y preferencias de los consumidores, realizada por la publicidad y por el gran influjo de los esfuerzos que para promover sus ventas llevan a cabo las empresas mercantiles, no es otra cosa sino un mero espantajo, ya que, a la larga, ninguna persuasión ni ingenio en el arte de vender pueden modificar la “naturaleza humana”, ni pueden obligar al consumidor a adquirir lo que no desea.¹ Además —así reza el argumento— las preferencias manifiestas de los consumidores producen resultados que son completamente adecuados y no requieren de ningún mejoramiento en particular.²

1 “Actualmente el consumidor es el que manda. . . A las empresas no les queda otra alternativa que descubrir lo que necesita y atender a sus deseos, hasta sus caprichos.” De Steuart Henderson Britt, en *The Spenders* (Nueva York, Toronto, Londres, 1960, p. 36 [con letra bastardilla en el original]). También: “Si el producto no satisface a ciertas de las necesidades o deseos del consumidor, fracasará en definitiva la publicidad.” En *Reality and Advertisement*, por Rosser Reeves, Nueva York, 1961, p. 141 (con letra bastardilla en el original).

2 El llamado despilfarro de nuestra economía privada resulta de la manera de vivir del pueblo,

Otra manera conservadora de pensar asume un distinto plan de acción. Reconoce libremente que las preferencias manifiestas de los consumidores no tienen nada que ver con la idea tradicional de la *soberanía* del consumidor, y admite que el poder de las compañías gigantescas es tan grande que puede moldear los gustos y preferencias de los consumidores siempre en provecho de los intereses de las sociedades de capital, y que todo esto produce un efecto deletéreo tanto en nuestra economía como en nuestra sociedad. Como lo expone el profesor Carl Kaysen:

Un aspecto de [su] extenso poder... es la situación que ocupa la administración de las empresas como determinante de los gustos o guía del estilo de la sociedad en general. La influencia de las empresas sobre los gustos se extiende desde los efectos directos producidos por el diseño y forma de los bienes materiales, hasta los efectos indirectos, más sutiles, que se originan, en el estilo del idioma y en la manera de pensar, por los medios de difusión en masa —escuela del estilo a la que todos asistimos cada día—. ... Dicho en forma más breve, ésta es la conocida proposición de que constituimos una sociedad económica, y que, si desde el punto de vista estadístico la empresa gigantesca no representa la institución típica, si es la “característica” de nuestra sociedad. ...³

A pesar de que los autores de este tipo de orientación son escépticos y realistas, conceden máxima importancia al hecho de que tales irracionalidades y calamidades son *inherentes* al orden de las cosas, al cual identifican con el sistema económico y social del capitalismo monopolístico. O, como observa el profesor Mason, “afectar profundamente a la gran sociedad mercantil equivale a lesionar otros intereses mayores”.⁴ Y en nuestros días, en el programa del economista no está lesionar “intereses mayores”.

Ésta no es la postura del llamado liberal. Al considerar que las preferencias manifiestas del consumidor son la causa de la distribución ilógica de los recursos de nuestra sociedad, de su aflictivo estado moral y cultural, el liberal está habituado a juzgar el efecto pernicioso de la publicidad, la diferenciación fraudulenta de los productos y a que éstos los hagan artificialmente anticuados; prorrumpe en invectivas contra la calidad del tipo de cultura suministrado por el sistema de instrucción pública, por las películas de Hollywood, los periódicos, la radio y las cadenas de televisión; y llevado por esta indignación, llega a la conclusión de que “la alternativa no es saber si los consumidores o un organismo de planeación dirigida son quienes deben ejercer la soberanía, sino más bien ver de qué manera se debe restringir, modificar o compartir de algún modo el poder que detenta el productor para hacer caso omiso de algunos con-

y al hacerlo así difunde el bienestar entre todos. Sucede, precisamente, que esta es la forma en que obtenemos nuestras flamantes escuelas, hospitales, carreteras y otros servicios “públicos”. *The Wall Street Journal*, 7 de octubre de 1960, p. 16.

³ “The Corporation: How Much Power? What Scope?”, en la obra *The Corporation in Modern Society*, por Edward S. Mason, editor; Cambridge, Massachusetts, 1959, p. 101.

⁴ *Ibid.*, p. 2.

sumidores y para influir en las preferencias de otros".⁵ Para llevar a efecto estas medidas tendientes a restringir, modificar o compartir, recomendando una lista de "remedios y políticas" que van desde medidas reglamentarias, como las adoptadas por la Administración de Alimentos y Medicinas, pasando por el sostenimiento público de óperas y teatros, hasta la formación de Comités de Ciudadanos Distinguidos cuya misión sería la de influir sobre la opinión pública en el sentido de mejores gustos y elecciones racionales.

Por desilusionante que pueda ser para muchos, no cabe la menor duda que, en el estado actual del desarrollo capitalista, el "realista" conservador a menudo se aproxima más a la verdad que el mejorador liberal. Así como no tiene objeto deplorar las víctimas de la guerra si no se ataca su causa, que es la guerra misma, así carece de sentido dar la voz de alarma con respecto a la publicidad y todas sus consecuencias, si no se identifica plenamente el *locus* de donde proviene el mal: la gran sociedad mercantil, con poderes monopólicos y oligopólicos, y sus prácticas comerciales carentes de precios competitivos que constituyen un componente integral de su *modus operandi*. Como jamás se ha enfocado la atención hacia este *locus* mismo, pues Galbraith, Scitovsky y otros críticos liberales, lo han considerado, en realidad, como desligado totalmente del asunto, ya que nada está más lejos de su pensamiento (o por lo menos de sus declaraciones públicas) que llegar a "afectar profundamente" al gigantesco consorcio mercantil, ¿qué puede esperarse de sus recomendaciones relativas a la formación de diversas juntas reguladoras y hasta la probable designación de Comités de Ciudadanos Distinguidos? Es de creerse que la historia de las dependencias reguladoras ya existentes constituye un testimonio bastante elocuente para demostrar que son los Grandes Negocios los que regulan los precios y las condiciones del mercado más bien que *vice versa*. ¿Y se necesita, acaso, un mayor número de pruebas con respecto a la ineficacia de la Administración de Alimentos y Medicinas, de la Comisión Federal de Comercio y de la Comisión Federal de Comunicaciones, del que hasta ahora se ha reunido? ⁶ Ni hay necesidad de entrar en pormenores con relación al profundo efecto que sobre la sociedad han ejercido las últimas actividades e informes de la muy distinguida Comisión de Objetivos Nacionales del Presidente.⁷ Mas los mejoradores liberales ignoran todo esto. Al considerar al Estado como una entidad que preside sobre la sociedad, pero no forma parte de ella, que

⁵ "On the Principle of Consumers' Sovereignty", por Tibor Scitovsky; *American Economic Review*, mayo de 1962. Agradezco mucho al profesor Scitovsky que me haya permitido ver un ejemplar de este documento antes de su publicación.

⁶ Cf. por ejemplo, *Remedies and Rackets*, por James Cook, en varios pasajes; Nueva York, 1958, y en "Behind the FCC Scandal". *Monthly Review*, abril de 1958.

⁷ Cf. *Goals for Americans*, Informe de la Comisión Presidencial de Objetivos Nacionales, Nueva York, 1960, en varias partes.

fija los objetivos de ésta y recombina su producción e ingreso pero permanece inalterado por las relaciones que rigen en la producción e impenetrable a los intereses dominantes, son fácil presa de un ingenuo racionalismo que, al alimentar ilusiones, solamente contribuye al mantenimiento del *statu quo*.⁸ Comparada con esto, la sentencia “excluyente de contrato” —“hemos... llegado al límite entre la teoría económica y la política; y no pasaremos de ahí”— con que el profesor Scitovsky concluyó hace una década su *obra máxima*,⁹ formula una tesis relativamente sostenible.

El crítico liberal ni siquiera ha enfocado la parte esencial del problema. En primer lugar, él, entre todos, como buen keynesiano, no puede evitar incurrir en incongruencia cuando recomienda la intervención en la publicidad de las empresas, o su disminución, y en otras actividades relativas a las ventas. A este respecto *The Wall Street Journal* y los economistas “realistas” que comparten sus opiniones, pisan, sin duda, un terreno más firme, pues todas estas prácticas comerciales “inconvenientes” *sí* fomentan e incrementan, de hecho, las ventas, y *sí* ayudan realmente, directa e indirectamente, a sostener el nivel del ingreso y de la ocupación.¹⁰ Así lo hace también la venta de un número de automóviles cada vez mayor, aun cuando congestionen nuestras ciudades y envenenen nuestra atmósfera; y la producción de armamentos y la excavación de refugios antiaéreos. No puede considerarse que ninguna de estas actividades estimulen el progreso y la felicidad de la raza humana, aunque todas ellas constituyen remedios contra el descenso de la producción y el aumento de la desocupación.¹¹ Y, no obstante, es tal la dialéctica del proceso histórico que *dentro del sistema del capitalismo monopolístico*, las características más abominables y más destructivas del orden capitalista se convierten en los verdaderos cimientos de su existencia continua —de la misma manera que la esclavitud fue la *conditio sine qua non* de su aparición.

El conservador “realista” supera al “bienhechor” liberal en su comprensión general del problema de la soberanía del consumidor; pues al prevenir contra la exageración de la repercusión de la publicidad, de la gran influencia de los sistemas de ventas, y de otras actividades semejantes, sobre

⁸ Cf. *The Critique of Capitalist Democracy: An Introduction to the Theory of the State in Marx, Engels, and Lenin*, brillante exposición de la teoría marxista del Estado, por Stanley W. Moore, Nueva York, 1957.

⁹ *Welfare and Competition: The Economics of a Fully Employed Economy*, Chicago, Illinois, 1951, p. 450.

¹⁰ Me enteré por primera vez de este punto en el excelente artículo escrito por K. W. Rothschild, intitulado “A Note on Advertising”, que apareció en *Economic Journal* de 1942.

¹¹ “Ahora mismo, los funcionarios del gobierno se inclinan preferentemente a que se haga una nueva serie de pedidos para las necesidades militares, en lugar de llevar a cabo grandes obras públicas o disminuir los impuestos, si es que deciden que la economía necesita de otro impulso.” Tomado de *Business Week* del 9 de diciembre de 1961. Mas, esta “inclinación oficial” no es sólo de “ahora mismo”; pues “algunos consejeros simpatizan con la idea de los refugios antiaéreos, pero quieren promoverla en el momento en que la economía necesite de un estímulo”. *Ibid.*, 4 de noviembre de 1961. Así pues, como se ve, los refugios antiaéreos no tienen por objeto proteger al público contra la precipitación radiactiva sino, más bien, contra la depresión y la desocupación.

las preferencias y elecciones de los consumidores, ocupa una posición de fuerza formidable. Sus afirmaciones de que a los consumidores sólo les gusta lo que les interesa y compran únicamente aquellas cosas en las cuales desean gastar su dinero, constituyen evidentemente tautologías; pero al serlo, son por igual obviamente correctas. Desde luego, de esto no se puede colegir, como algunos economistas de las empresas gustan de aseverar, que el fuego graneado de la publicidad y de los recursos del arte de vender, a que está continuamente expuesto el consumidor, no tengan *ninguna* influencia sobre la formación de sus necesidades; pero tampoco es cierto que estas prácticas comerciales constituyan *el* factor decisivo para obligar al consumidor a desear lo que necesita. El profesor Henry C. Wallich es el que más se aproxima al meollo de la cuestión, al hacer su sagaz observación de que “alegar que las necesidades creadas por la publicidad son sintéticas, y no son necesidades auténticas del consumidor, es salirse del asunto —pues lo mismo podría argüirse de todos los aspectos de la vida civilizada”.¹² Mas esto, sin duda, es exagerar el caso. No *todas* las necesidades humanas son absolutamente “sintéticas”, creadas por las todo poderosas empresas de Madison Avenue (o “purificadas” y “ennoblecidas” por empresas tipo Madison Avenue “a la inversa”: las juntas reguladoras del gobierno y/o los Comités de Ciudadanos Distinguidos para el Fomento del Buen Gusto): ese punto de vista pone de manifiesto el espíritu de ilimitada capacidad de manejo del hombre que es tan característico en los “caballeros vestidos de gris” que predominan en los cargos ejecutivos de las grandes sociedades mercantiles y en los importantes departamentos del gobierno. Pero ni *todas* las necesidades surgen de los instintos biológicos del hombre ni de una mítica “naturaleza humana” eternamente invariable: ese concepto es oscurantismo metafísico que va contra toda experiencia y conocimiento históricos. La verdad es que las necesidades de la gente constituyen complejos fenómenos históricos que ponen de manifiesto la acción recíproca dialéctica de sus necesidades fisiológicas, por una parte, y el orden social y económico reinante, por otra.¹³ Algunas veces las necesidades fisiológicas deben abstraerse de los fines analíticos porque son *relativamente constantes*; y una vez hecha con formalidad esta abstracción y tenida firmemente en cuenta, la formación de las necesidades humanas puede (y debe) considerarse de un modo legítimo que son “sintéticas”, es decir, determinadas por la naturaleza del orden económico y social bajo el cual vive la gente. Lo que el profesor Wallich aparentemente no logra advertir es que el problema *no* consiste en saber si el orden social y económico predominante desempeña un papel prominente en modelar los “valores”, voliciones y preferencias de las personas. A este res-

¹² Citado en la op. cit., p. 31, por Stuart Henderson Britt.

¹³ Un estudio más amplio sobre este punto puede encontrarse en mi obra, *Marxism and Psychoanalysis*, Nueva York, 1960, la cual contiene una conferencia sobre el tema, algunas observaciones por críticos y una réplica mía.

pecto —cuando Robinsón Crusoe deja finalmente los textos de economía para ir a vivir en su propia isla— existe un consenso casi unánime entre los que han estudiado a fondo el problema. El problema estriba más bien en *la clase de orden social y económico* que realiza la adaptación, el tipo de “valores”, voliciones y preferencias que infunde a la gente bajo su influjo. Lo que hace al orden social y económico del capitalismo monopólico tan irracional y destructivo, tan mutilador del crecimiento y de la felicidad del individuo, *no* es que influya, moldee y “sintetice” a éste —como el profesor Wallich lo indica, esto lo realiza todo orden social y económico— sino más bien *la clase* de influencia, amoldamiento y “sintetización” que perpetra en sus víctimas.

Comprender esto con claridad nos permite obtener un conocimiento más amplio de la cuestión. El mal canceroso del capitalismo monopólico no es que “resulte” en un derroche de gran parte de sus recursos en la producción de medios de destrucción, que “resulte” en permitir a las grandes empresas mercantiles dedicarse a una publicidad tendenciosa de efectos conscientes y subconscientes, vendiendo productos adulterados, e inundando la vida humana con entretenimientos pueriles, religión comercializada y “cultura” degradada; el mal canceroso del sistema, que opone obstáculos tan formidables al progreso humano, es que todo esto no constituye un conjunto de atributos del orden capitalista que hayan aparecido en forma fortuita, sino que representan el verdadero fundamento de su existencia y viabilidad. Y como este es el caso, las Administraciones para la Obtención de Mayores y Mejores Alimentos y Medicinas, una extensa red de Comités de Ciudadanos Distinguidos, y otros organismos semejantes, todo lo que pueden hacer es arrojar simplemente un velo sobre la confusión existente en vez de aclarar la misma confusión. Emplearemos, una vez más, una comparación usada anteriormente: el hecho de construir cementerios suntuosos y costosos monumentos para las víctimas de la guerra no disminuye su número. Lo mejor —y, al mismo tiempo, lo peor— que esos esfuerzos aparentemente humanitarios pueden lograr, es adormecer la sensibilidad del pueblo a la brutalidad y la crueldad, disminuir su horror hacia la guerra.

Mas volvamos al punto de partida de este argumento. Ni yo, ni ninguno de los demás escritores marxistas, con cuyas obras estoy familiarizado, hemos abogado jamás por la abolición de la soberanía del consumidor y su sustitución por las órdenes de un comisario cualquiera. Atribuir esa defensa a los socialistas representa sencillamente uno de los aspectos de la ignorancia y tergiversación del pensamiento marxista, que fomentan deliberadamente las potencias existentes. El verdadero problema es de índole por completo distinta, o sea: si es tolerable un orden económico y social en el cual al individuo, desde su nacimiento, se le adapta, moldea y “ajusta” de tal manera que se le convierte en fácil presa de la

voracidad de lucro de la empresa capitalista y en un objeto de suave manejo para la explotación y degradación capitalistas. Sin duda alguna, el socialista marxista se acerca más a la respuesta. Al sostener que la humanidad ha alcanzado actualmente un nivel de productividad y conocimientos que le posibilita superar este sistema y sustituirlo por uno mejor, cree que puede desarrollarse una sociedad en la cual se forme, eduque e influya al individuo, no mediante una economía determinada por el afán de lucro y las exigencias del mercado, ni por los “valores” de los presidentes de las grandes empresas mercantiles ni por las efusiones de sus alquilados amanuenses, sino por un sistema de producción racionalmente proyectada para su empleo, por un conjunto universal de relaciones humanas determinadas y orientadas hacia la solidaridad, la cooperación y la libertad. En efecto, solamente en una sociedad de esta naturaleza puede existir la soberanía del *ser humano* en su carácter individual —no del “consumidor” o del “productor”, términos que en sí mismos revelan la fragmentación letal de la personalidad humana bajo el régimen del capitalismo—. Únicamente en una sociedad así puede el individuo co-determinar libremente la cantidad realizada de trabajo, la composición de la parte consumida de la producción, y la índole de las actividades en que se ocupa durante sus horas libres —fuera de toda influencia de persuasores, francos o emboscados, cuyos motivos son conservar sus privilegios y elevar al máximo sus utilidades.

Y para aquellos de mis críticos que de manera escéptica o “realista” miran con desprecio, y muy condescendentemente hacen la observación de que la imagen de una sociedad de ese tipo no es otra cosa que una utopía, todo lo que puedo contestarles es que si ellos tienen razón, todos nosotros —mis críticos y yo mismo— somos utopistas. Lo son ellos, porque creen que el orden social y económico, que desean conservar, puede hacerse perdurar eternamente mediante ciertos trucos de manipulación y algunas reformas superficiales que ni siquiera logran tocar su irracionalidad, poder destructivo e inhumanidad, cada vez más evidentes; y lo soy yo, porque tengo confianza en que la humanidad, que ya ha comenzado a eliminar el capitalismo de una tercera parte de la superficie del globo, en su debida oportunidad dará cima a esta tarea hercúlea, logrando establecer una sociedad genuinamente humana. Si se me da a escoger entre estas dos utopías, prefiero la segunda, y apruebo las hermosas palabras de Simone de Beauvoir: “Hay momentos en que yo misma me pregunto si no es una utopía la idea de una Europa socialista. Pero lo curioso es que cada idea que todavía no se ha realizado se asemeja mucho a una utopía; nadie podría llevar a cabo alguna cosa si lo detuviera el pensamiento de que nada es posible excepto lo que ya existe.”¹⁴

¹⁴ *Les Mandarins*, París, 1954, p. 193. Traduje del francés este pasaje.

II

Los capítulos III y IV, que tratan del capitalismo monopolístico, reclaman una aclaración del tema. Las modificaciones necesarias no son de gran alcance, pero pueden aumentar —así lo espero— su congruencia y poder de persuasión. Mis puntos de vista sobre este inmenso tema cristalizaron en el curso de un extenso trabajo emprendido en colaboración con Paul M. Sweezy; y en un libro, que espero terminar en un futuro próximo, presentaremos los resultados de nuestros estudios y discusiones. Por tanto, lo que sigue en esta sección se concreta solamente a dos puntos que debe tener presentes el lector cuando estudie la parte correspondiente de este volumen.

Con anterioridad he dicho que es necesario sondear con más hondura la superficie, fácilmente observable, del problema de la soberanía del consumidor. Esto es asimismo cierto, por lo menos, cuando se relaciona con lo que yo considero ser la clave para la comprensión de los principios generales de acción del capitalismo: el concepto del “excedente económico”. Que no haya yo podido explicar suficientemente bien este concepto, se pone de manifiesto por el hecho de que un crítico tan eminente como Nicholas Kaldor no haya logrado captar su sentido y significación.¹⁵

La raíz de la dificultad estriba en que Kaldor, como todos los demás economistas fascinados por el aspecto superficial de la economía capitalista, *insiste en identificar el excedente económico con las ganancias que se pueden observar en las estadísticas*. Si fuera legítima esa identificación, no habría necesidad de introducir el término “excedente económico”, y —lo que es evidentemente más importante— no existiría ninguna justificación para hablar de *incrementar* el excedente. La esencia del problema consiste, sin embargo, en que las ganancias *no* son idénticas al excedente económico, sino constituyen —para emplear lo que se ha convertido en una metáfora trillada— meramente la parte visible de un gran témpano de hielo flotante cuyo resto se oculta al ojo humano. Conviene recordar que en una etapa primitiva del desarrollo de la economía política (y del capitalismo) se veían con mucha mayor claridad las relaciones pertinentes de lo que son en el momento actual. En realidad, se libró una intensa lucha teórica para establecer que la renta (y los intereses sobre el capital monetario) no son costos necesarios de producción sino componentes del excedente económico. En una fase posterior, sin embargo, cuando el terrateniente feudal y el usurero fueron sustituidos por el empresario capitalista y el banquero, “expurgaron” sus utilidades del “estigma” del excedente promoviéndolas a la categoría de precios necesarios de los recursos escasos o de remuneraciones indispensables por “esperar”, “abstenerse”

¹⁵ Cf. su examen de la presente obra en *The American Economic Review*, marzo de 1958, páginas 164 ss.

o “aceptar riesgos”. En realidad, la propia idea del “excedente económico”, que destacaba en forma prominente todavía en los escritos de John Stuart Mill, fue declarada *non grata* por la nueva ciencia económica que proclamaba que toda clase de gastos es “necesaria” mientras reciba el sello de aprobación de las preferencias manifiestas de los consumidores que operan en un mercado competitivo.

Con la proliferación del monopolio se hizo más complicada la situación; y varios economistas —comenzando con Marshall, pero inspirados posteriormente con el trabajo de Pigou— que llevaban sus investigaciones partiendo del ventajoso punto del capitalismo competitivo, consideraron imposible tratar las utilidades *monopólicas* como costos necesarios de producción.¹⁶ Indudablemente, éste ya fue un paso importante hacia adelante; constituye, empero, sólo el principio de lo que se necesita comprender; pues el capitalismo monopolístico no produce únicamente utilidades, renta e intereses, como elementos del excedente económico, sino que oculta una parte importante del excedente bajo el título de costos; lo cual se debe a la diferencia, cada vez más grande, que hay entre la productividad de los *trabajadores productivos esenciales* y la parte del ingreso nacional que les toca como salarios. En este punto puede sernos de utilidad un ejemplo numérico. Vamos a suponer que en el periodo I, 100 panaderos producen 200 hogazas de pan, de las cuáles 100 constituyen sus salarios (una hogaza para cada uno), y 100 las toma el capitalista como excedente (fuente de su ganancia y para el pago de renta e intereses). La productividad del panadero es de dos hogazas por cada hombre: la parte del excedente en el ingreso nacional es de 50 %, e igualmente lo es la parte que le corresponde a los trabajadores. Consideremos ahora el periodo II en el que la productividad del panadero ha aumentado en un 525 %, o sea a 12.5 hogazas, y su salario ha aumentado un 400 %, a razón de 5 hogazas por hombre. Vamos a suponer, además, que ahora son únicamente 80 los panaderos que se dedican a hornear el pan, y que en conjunto producen 1 000 hogazas, en tanto que los 20 restantes están empleados de la manera siguiente: a cinco hombres se les comisionó para cambiar continuamente las formas de las piezas de pan; a uno se le dio la tarea de mezclar en el amasijo una sustancia química que acelera la descomposición del pan; cuatro fueron contratados para hacer nuevos tipos de envolturas; cinco hombres se dedican a redactar anuncios para darle publicidad al pan, propagándolos por los medios disponibles

¹⁶ Le tocó a Schumpeter (al que siguieron eventualmente Berle, Galbraith, y otros) realizar el esfuerzo de salvar el “honor” de las ganancias de monopolio, proclamándolas “costos necesarios de producción”. Este *tour de force* se logró señalando que las innovaciones tecnológicas eran cargadas sobre las ganancias del monopolio por parte de los innovadores, que son las ganancias de monopolio las que permiten a las corporaciones mantener costosos laboratorios de investigación, etc. Así un vicio estático fue convertido en una virtud dinámica, y el último intento de la teoría económica de retener algunas normas mínimas para la apreciación racional del funcionamiento del sistema capitalista fue eliminado por la aceptación comprensiva del *statu quo*.

de difusión en masa; a uno de ellos se le designa para que vigile cuidadosamente las actividades de otras compañías panificadoras; dos hombres deben estar al tanto de los acontecimientos legales en el campo contra los monopolios; y, por último, a dos se les encarga la atención de las relaciones públicas de la compañía panificadora. Todos estos individuos también reciben un salario de 5 hogazas cada uno. De acuerdo con estas nuevas circunstancias, 1 000 piezas de pan es la producción total de los 80 panaderos, el salario total de los 100 miembros que forman la fuerza de trabajo de la compañía es de 500 piezas, y la ganancia más la renta más los intereses están representados por las otras 500 piezas.¹⁷ A primera vista podría parecer que nada ha cambiado entre el periodo I y el periodo II, salvo el aumento en el volumen total de la producción. La parte que del ingreso nacional corresponde a los trabajadores permanece constante en 50 %, y no parece haber variado tampoco la correspondiente al excedente; no obstante, aunque evidente por sí mismo, si se toma como base la inspección de las estadísticas habituales, dicha conclusión sería absolutamente indefendible, y sólo serviría, en realidad, para demostrar lo engañosas que pueden ser tales inferencias estadísticas. Por lo que atañe a nuestro problema, no viene al caso el hecho estadístico de que las partes del trabajador y del capital no hayan cambiado del periodo I al periodo II; pues lo que ha sucedido, como puede verse de inmediato, es que una parte del excedente económico, de cuyo total disponía en el periodo anterior el capitalista como ganancia y para el pago de la renta de la tierra e intereses, se emplea ahora para costear la promoción de ventas sin precios competitivos, lo cual es —en otras palabras— un *desperdicio*.¹⁸

Desde este punto de vista, debe ser obvio que el argumento de

¹⁷ Evidentemente, si el salario de los 20 trabajadores improductivos es mayor de 5 hogazas para cada uno —como bien pudiera suceder en la realidad— entonces tendría que ser más bajo el salario real de los panaderos, tendrían que haberse disminuido las ganancias, o ambas cosas. En el primer caso, el excedente es mayor; en el caso de las ganancias reducidas queda igual; y si tanto los salarios de los trabajadores productivos como las ganancias son más bajos, entonces el excedente aumenta en la cantidad que disminuyó el salario.

¹⁸ A propósito de este sencillísimo ejemplo pueden aprenderse otras dos cosas interesantes: primero, generalmente las estadísticas habituales tienden a indicar que la productividad por cada trabajador dedicado al negocio de la panadería ha aumentado menos de lo que fue en realidad: con 100 obreros empleados en la empresa panadera tanto en el periodo I como en el periodo II, y con el aumento en la producción de 200 a 1 000 hogazas de pan, pudiera parecer que la productividad ha subido en 400 % más bien que en 525 %, como fue realmente el caso. Es indudable que si se hace una “selección” cuidadosa en la denominación de la fuerza de trabajo, con el fin de limitarla únicamente a los *trabajadores productivos*, se puede remediar esta deficiencia, pero la información estadística que con imprecisión se nos proporciona hace imposible llevar a cabo ese reajuste. En segundo lugar, las estadísticas comúnmente compiladas nos indican que los salarios han aumentado con exactitud en igual proporción que la productividad (de una a cinco hogazas de pan), cuando que, en realidad, los salarios de los *trabajadores productivos* quedaron sumamente atrás del aumento en su productividad. Con certeza, no es un hecho fortuito que las estadísticas oficiales produzcan tal impresión de deficiencia; ya que ello se debe a los conceptos que rigen su organización. Con carácter oficial no se reconoce la idea de “excedente económico”, y como la distinción, casi sin sentido, entre trabajadores de la “producción” y trabajadores que “no son de la producción” sustituye a la diferencia, absolutamente importante, entre *trabajadores productivos* e *improductivos*, las estadísticas de que podemos disponer más que servir como un ejemplo ocultan un aspecto muy importante de la realidad capitalista.

Kaldor y otros críticos, relativo a que yo haya admitido la validez de la tesis de que la parte del ingreso correspondiente a los salarios permaneció más o menos constante durante varias décadas, es totalmente incompatible con el hecho de que yo mantenga la teoría del *incremento del excedente* —es decir, que este argumento pone de relieve simplemente su fracaso para comprender el concepto del excedente—. En el ingreso nacional es posible la coexistencia de una parte constante y de hecho creciente de mano de obra, con un aumento en el excedente, sencillamente porque el incremento del excedente reviste la forma de un aumento del *desperdicio*; y como la “producción” de desperdicio implica mano de obra, bien puede crecer la parte correspondiente a ésta si en la producción nacional aumenta la parte del desperdicio. Si se trata de una manera indistinta la mano de obra productiva y la improductiva simplemente como *mano de obra*, y se igualan las ganancias con el excedente, es evidente que se hace confusa esta proposición tan sencilla.

Podrían hacerse varias objeciones a lo dicho anteriormente. En primer lugar, podría afirmarse (y así es) que no tiene objeto hacer una distinción entre mano de obra productiva e improductiva o entre producción socialmente conveniente y desperdicio, ya que no existe la posibilidad de hacer estas distinciones en forma “objetiva” y precisa. Puede con facilidad admitirse que esto último es correcto. Pero el hecho de que no puedan separarse *brandy* y agua que se hayan mezclado en una botella, y que tal vez sea imposible establecer con exactitud las proporciones en que se encuentran combinados los dos líquidos, no altera el *hecho* de que tal botella contiene tanto *brandy* como agua y que las dos bebidas se encuentran presentes en ella en ciertas cantidades definidas. Lo que es más, a cualquier nivel que pueda llenarse la botella, es posible afirmar con seguridad que a falta de uno u otro de los ingredientes de la mezcla, estaría menos llena de lo que ya lo está. El hecho de que no podamos, actualmente, separar con precisión el trigo de la broza, es decir, identificar sin lugar a equivocaciones las dimensiones de la producción socialmente conveniente y del excedente económico en nuestra economía, constituye, por sí mismo, un aspecto importante del orden económico y social del capitalismo monopolístico. Así como el problema de la soberanía del consumidor *no* consiste en que un comisario seleccione las necesidades existentes de los consumidores y les *imponga* ciertas normas de buen gusto, sino, más bien, saber la manera de lograr un orden social y económico que dé como resultado la aparición de un tipo de individuo diferentemente orientado, con necesidades y gustos distintos, así también pone de relieve una mala interpretación absoluta del tema para poder pedir al economista crítico que presente una compilación sumamente amplia del número existente de trabajadores improductivos y el volumen y forma actuales que alcanza el desperdicio. Aparte del hecho, nada trivial, de que en las actuales condiciones no exis-

ten (ni pueden existir) ni la cantidad ni el tipo de informes y conocimientos que permiten formular una “lista” de esa naturaleza, ningún economista, por ingenioso que sea, podría presumir que pudiera erigirse en una especie de zar, con facultades para establecer los criterios mediante los cuales se llevara a cabo el proceso de “selección”. Pues solamente puede ser una sociedad de principios socialistas —en la cual la gente no se rige por el móvil de lucro, y en la que el individuo está impregnado, no en los “valores” y en las leyes consuetudinarias que rigen en el mercado, sino en la conciencia que surge de las nuevas relaciones socialistas de la producción— la que dé nacimiento a un nuevo sistema de preferencias individuales y a un nuevo tipo de distribución de los recursos materiales y humanos. Todo lo que el erudito en ciencias sociales puede hacer a este respecto es el de servir, según lo expresa Hegel, como el “búho de Minerva que inicia su vuelo con las primeras sombras del crepúsculo”, para dar la señal *urbi et orbi* de que un orden social se encuentra fatalmente enfermo y agonizante. Las formas concretas y los principios activos de lo que se desplaza para ocupar su lugar y las especificaciones exactas de los cambios que en su séquito traerá la nueva sociedad, pueden representarse mentalmente en términos generales, pero no pueden establecerse en forma precisa por economistas y estadísticos, por muy expertos que sean. Esta misión debe dejarse a la *práctica* social de los que lucharán, con buen éxito, para lograr un orden socialista.

Es de distinta índole otro argumento presentado en contra de la teoría del aumento del excedente. Consiste su estribillo en que es inaplicable la distinción entre producción socialmente conveniente y excedente económico, aun en el caso en que se pudiera hacer con toda la exactitud requerida; pues como un nivel satisfactorio de ingreso y ocupación depende de una cantidad adecuada de gasto total, *prescindiendo de en qué se hizo el gasto*, descarta la cuestión de si dicho gasto evoca producción total o desperdicio, mano de obra productiva o improductiva, por no tener relación con la “situación de los negocios”, y hasta el punto en que la sociedad del capitalismo monopolístico proporcione “plenitud” de ocupación. Este razonamiento, aun cuando lógico, se asemeja a todo el análisis keynesiano a corto plazo en que padece de una desesperante miopía. Es indudablemente cierto que la inversión que se efectúa en la adquisición de equipo productivo así como la inversión en submarinos, el consumo en libros y el “consumo” en anuncios, los ingresos de los médicos y los ingresos de los vendedores de medicamentos, todos integran la demanda total efectiva y ayudan a mantener el ingreso y la ocupación. Es igualmente claro, sin embargo, que la estructura resultante de la producción, el consumo y la inversión produce un profundo efecto no solamente en la calidad de la sociedad y en el bienestar de sus miembros sino también en su crecimiento ulterior y en sus posibilidades evolutivas. Además, aun cuando

hace unas cuantas décadas hubiera sido posible alegar que dada la escasez de ocupaciones racionales, cualquier empleo —por ejemplo, tan irracional como hacer excavaciones en la tierra— es mejor que no tener *ninguno*, ya no es posible recurrir a ese pobre consuelo en nuestros días cuando la alternativa a la desocupación ya no consiste en el hecho, relativamente inocente de hacer excavaciones, sino en la nada inocente acumulación de medios de destrucción.¹⁹

Se ha expresado una objeción más en el sentido de que, aunque todo lo expuesto anteriormente sea correcto, no debe olvidarse que debido a toda la irracionalidad y desperdicio, característicos del capitalismo monopolístico, es que se pueden mantener altos los niveles de ingreso y ocupación, se estimulan grandes cantidades de inversión nacional y se alcanzan ciertas tasas de crecimiento económico —aun cuando se admite que éstas son bajas. Este argumento tiene mucha similitud con el consejo de quemar la casa para asar el cerdo. Pero lo peor de todo es que ni siquiera es cierto que con este procedimiento “*se logre asar el cerdo*”, es decir —parafraseando a J. K. Galbraith—,²⁰ que los aumentos en la riqueza que han ocurrido en los Estados Unidos bajo el régimen del capitalismo monopolístico distan mucho de darle “poca importancia” a la irracionalidad del sistema. Sin duda, no es de “poca importancia” el hecho de que aun después de la segunda Guerra Mundial —durante el tiempo que C. Wright Mills con gran acierto ha llamado los años de la “Gran Celebración Norteamericana”— por lo menos en la mitad del periodo (1948-1949, 1953-1954, 1957-1958, 1960 hasta la fecha) la desocupación reportada por el gobierno ha sido de casi 5 millones, y, según las fuentes de los sindicatos obreros, de no menos (y probablemente más) de 6 millones.

Ni tampoco es posible encogerse de hombros y tachar de “poco importante” al hecho de que en la que se ha dado en llamar sociedad opulenta, aproximadamente una tercera parte de la gente vive en condiciones de abyecta pobreza, y que una quinta parte, cuando menos, de todas las familias norteamericanas (con doble proporción en las familias norteamericanas que no son de piel blanca) viven en los barrios bajos en viviendas miserables carentes de los servicios indispensables; y si hacemos a un lado los fríos totales estadísticos para examinar condiciones concretas en ciertos sectores específicos de la población, la tragedia humana que se encuentra desafía toda descripción. “En una de nuestras ciudades más grandes, en un sector de los barrios bajos compuesto casi enteramente de negros”, escribe James Bryant Conant, ex presidente de la Universidad

¹⁹ Puede encontrarse una ampliación de este estudio en “Reflections on Underconsumption”, por Paul A. Baran; en *The Allocation of Economic Resources*, California, 1959, por Moses Abramovits y otros; y también reproducido en *Has Capitalism Changed? An International Symposium on the Nature of Contemporary Capitalism*, del editor Shigeto Tsuru, en Tokio, 1961. Véase igualmente *EL TRIUNFO ECONÓMICO*, vol. XXVI, núm. 103, p. 422.

²⁰ *American Capitalism: the Concept of Countervailing Power*, Boston, 1952, p. 103.

de Harvard, “se encontró la siguiente situación: un total de 59 % de la juventud masculina, entre los 16 y 21 años, no asistía a la escuela y carecía de ocupación. Se les encontró vagando por las calles...”²¹

Todo lo que se puede decir de la objeción ahora en estudio, es que el desarrollo del capitalismo en general, y de su última fase —el capitalismo monopólico— en particular, aunque en ninguna parte haya llegado a crear algo parecido a una buena sociedad,²² si ha producido las potencialidades objetivas propicias para la aparición de ese tipo de sociedad. La prodigiosa expansión de las fuerzas de la producción, ocurrida durante el periodo del imperialismo, aunque representa un subproducto de la guerra, la explotación y el desperdicio, ha puesto, en realidad, los cimientos de la sociedad del futuro, verdaderamente abundante. Pero no puede evolucionar esa sociedad bajo el régimen de una oligarquía que administra los inmensos recursos de la sociedad en provecho de unos cuantos centenares de compañías gigantescas, y cuya finalidad absoluta es la de controlar todo para conservar el *statu quo*. Una sociedad de esta naturaleza únicamente puede convertirse en realidad cuando sus abundantes recursos sean administrados por “una asociación humana en la cual el libre desarrollo de cada uno es condición para el libre desarrollo de todos”.

Lo cual me lleva al segundo comentario que me gustaría hacer en relación con los capítulos de este libro que tratan del capitalismo monopólico. Este comentario se refiere al punto de vista relativo a las innovaciones y al progreso tecnológico bajo el capitalismo monopólico, que en aquéllos se presenta. Aunque todavía creo en la validez fundamental del argumento de Steindl, al que me suscribo, de que el progreso tecnológico y las innovaciones constituyen una función de la inversión más bien que *lo contrario*, he dedicado un espacio, que es insuficiente, a la reciprocidad dialéctica innegable de los dos procesos. No solamente los personales dedicados a la investigación y el desarrollo, convertidos en una institución de las compañías gigantescas actúan, hasta cierto punto cuando menos, con un impulso propio y producen inventos y mejoramientos técnicos como cosa de rutina normal,²³ sino, lo que quizá es aún más importante, la industria militar que se ha transformado en un componente amplio y permanente de la economía del capitalismo monopólico, se ha convertido también en un “estímulo externo” de acción continua, tanto para la inversión *como* para el progreso tecnológico y científico. Como la demanda de las necesidades militares ha sustituido en sumo grado la de-

²¹ *Slums and Suburbs: a Commentary on Schools in Metropolitan Areas*, Nueva York, Toronto, Londres, 1961, p. 33 ss.

²² No es este el lugar adecuado para hacer un análisis y una descripción más detallada de la calidad de la sociedad capitalista monopólica; para este objeto, remitimos al lector interesado a la obra de Sweezy y a mi próximo libro, y, mientras tanto, al número de julio-agosto de 1962, de *Monthly Review*, donde se han programado para publicarse de antemano algunas partes de ese libro.

²³ Cf. “Has Capitalism Changed?”, por Paul M. Sweezy, en la edición de Shigeto Tsuru, *op. cit.*, páginas 83 ss.

manda del presunto inversionista, así la serie de *sputniks* y *luniks* soviéticos se han hecho cargo de las funciones del “fuerte viento perenne” de la competencia. Esto no implica volver a la actitud de Schumpeter para quien el progreso tecnológico era un *deus cum machina* —autónomo e inexplicable; ni significa que el progreso tecnológico *determine* la inversión, de tal manera que los futuros aumentos al conocimiento tienden a traducirse, normalmente, en servicios productivos adicionales. Lo que esto nos sugiere, sin embargo, es que la consolidación de las actividades de investigación y desarrollo dentro de la estructura de las compañías gigantescas, *combinadas con una corriente constante de demandas militares*, crea ciertas oportunidades de inversión, cuando quizá fuesen pocas o ninguna en otras circunstancias. La importancia de la índole militar de la demanda, así como la de la naturaleza monopolista y oligopólica de la oferta se expresa, con mayor precisión, en la *selección* de las potencialidades tecnológicas utilizadas, así como en la exclusión de las que permanecen en los archivos de los científicos e ingenieros. Tanto el progreso lento realizado en la aplicación económica de la energía atómica como los adelantos sumamente irregulares en la automatización industrial, parecen justificar la proposición de que las empresas monopolistas y oligopólicas únicamente aceptan el progreso técnico que se requiera para las necesidades militares o disminuya sensiblemente los costos sin que, al mismo tiempo, aumente de un modo indebido la producción.

III

Veamos ahora el caso de los países subdesarrollados. A los capítulos v, vi y vii, que se ocupan de uno de los tres temas dominantes de nuestra época (los otros dos corresponden a las vicisitudes del capitalismo monopolístico durante su periodo actual de decadencia y ruina, y a la perspectiva de nacientes sociedades socialistas en Europa y Asia),²⁴ me agradaría aumentarles un requisito y una reiteración. El primero se relaciona con la posibilidad de aplicar la teoría general expuesta en este libro a ciertas regiones densamente pobladas que emplean lo que Marx llamó “la manera asiática de producción” —principalmente a la India y al Paquistán—. Varios críticos han sostenido que en esas partes del mundo subdesarrollado podría ser bastante factible averiguar, con cierto grado de exactitud, la *magnitud* del excedente económico que está en poder de terratenientes, usureros e intermediarios comerciales de toda clase, pero que sería absolutamente imposible canalizar esa parte del excedente hacia inversiones productivas, aun después de que una revolución social hubiese barrido con todos estos estratos parasitarios. Esta opinión se fundamenta en dos series de consideraciones. Se arguye, en primer lugar, que un gobierno revolucionario que llevara

²⁴ Desde que fue publicado por primera vez este libro, la América Latina se ha unido a las regiones de iniciación socialista.

a cabo las medidas necesarias de expropiación, probablemente no podría sustituir, él mismo, a los usureros recaudadores de rentas, prestamistas y traficantes codiciosos, que fueron eliminados por la misma revolución que lo colocó en el poder. De esta manera, al impedir políticamente la realización de ese cambio en el destino del excedente, las medidas de confiscación y nacionalización no conducirían a una acumulación de excedente invertible en poder del gobierno revolucionario, sino a su paso a la cesta de consumo, angustiosamente escasa, de los campesinos. El segundo punto es que en un país subdesarrollado, en el cual el excedente económico se encuentra acumulado y en poder de un grupo de explotadores, insignificante desde el punto de vista numérico (como fue y es el caso en países con un sistema feudal "clásico" y/o en los dominados por un puñado de monopolistas nacionales y extranjeros) la situación es completamente distinta de la que prevalece en una sociedad en la que un estrato social formado por muchos millones de *kulaks*, caciques de aldeas, que prestan dinero además, pequeños comerciantes, distribuidores y agentes, conjuntamente tienen en su poder un volumen tal de excedente económico que constituye una gran parte del total del ingreso nacional, aun cuando para quienes lo perciben representa sólo un bajo ingreso por persona. En el primer caso, los expropiadores pueden llevar a cabo la enajenación de bienes con relativa facilidad, y después de la expropiación la suerte que corran los afectados no representa un gran problema social; su número es pequeño y como alternativa pueden encontrar alguna ocupación, emigrar o retirarse a vivir con el resto de sus fortunas. En el otro caso, sin embargo, quienes reciben el excedente, que son muchos, constituyen una fuerza política y social importante; y una vez despojados de sus ingresos representan un grave problema para el bienestar social. Realmente, sostenerlos, aunque sólo sea a un nivel mínimo por medio del socorro público o mediante empleos creados artificialmente, podría anular gran parte del provecho obtenido de la misma expropiación.

Éstos son problemas muy serios, y aunque de ninguna manera había olvidado su existencia cuando escribía este libro,²⁵ posiblemente no recibieron la atención ni les di el énfasis suficiente. No creo, sin embargo, que el hecho de reconocer su importancia vicie el enfoque básico que hemos esbozado aquí en relación con los problemas que confrontan los países de escaso desarrollo económico; lo cual significa, sin duda alguna, que abrirse paso hacia el camino abierto del crecimiento económico y social es, en algunos países, más difícil que en otros; y que los obstáculos por vencer son más formidables en algunos lugares que en otros. En efecto, bien puede suceder que en los países particularmente infestados por el mal estructural que acabamos de describir, tenga que ser distinta la estrategia de desarrollo a la que conviene a las sociedades organizadas en forma más

²⁵ Cf. pp. 167 ss. así como pp. 262 ss.

favorable. La famosa ley de Lenin del desarrollo desigual, sugiere de manera evidente no sólo que el *proceso* histórico es distinto en sociedades diferentes, sino también que la etapa alcanzada, en un momento dado, difiere de un país a otro. Así pues, no hay una fórmula general susceptible de aplicarse a todas las situaciones haciendo caso omiso del tiempo y el espacio, y nunca estuvo nada más lejos de mi pensamiento que la intención de afirmar la existencia de tal varita mágica.

Consideremos, por ejemplo, un país en el cual existe cierto núcleo de una economía industrial y en donde el campesinado, ya sea por estar explotado por *kulaks* o mantenido en servidumbre por terratenientes feudales, siente una inmensa necesidad de poseer individualmente la tierra, y sólo anhela su propia parcela. En un país de estas características probablemente se pueda producir una cantidad proporcionada de excedente económico por la *vía* del sector industrial de la economía. Si, además, el país es relativamente pequeño, de tal suerte que cualquiera ayuda recibida del exterior pueda influir de modo material en el volumen de su acumulación de capital, bien puede darse el lujo de permitir que sus campesinos “se aguanten” por un momento, y mediante la observación y la experiencia aprendan las ventajas que brinda una organización racional y moderna de la producción agrícola. Tales han sido, aparentemente, las amplias perspectivas de algunos países socialistas del este y sureste de Europa.

Consideremos, por el contrario, un país grande con un pequeño oasis industrial y un inmenso mar de agricultura para su subsistencia; en este caso, el excedente producido por la industria es pequeño por necesidad, y la asistencia extranjera virtualmente accesible puede representar, cuando más, sólo una gota en el océano de las necesidades de su desarrollo. Si en ese país, por varias razones culturales o económicas, no es urgente o no existe el deseo imperioso en los campesinos de poseer *individualmente* sus propias parcelas, su economía agrícola puede desviarse hacia nuevas rutas basadas en las cooperativas agrícolas, o bien, hasta en un sistema de “fábricas en el campo”, en gran escala y de productividad cada vez mayor, que sean administradas por el Estado. La clase media, los agricultores ricos, los tenderos de los pueblos y los prestamistas, desplazados durante el proceso, pueden ingresar a la nueva economía agrícola o encontrar ocupación en la industria creciente, así como en los sectores de distribución; y así, el excedente que solían apropiarse, puede quedar disponible para los fines del desarrollo económico. Este parece ser —reducido a su mínima expresión— el modelo de la estrategia china del desarrollo económico.

Por último, vamos a representarnos mentalmente el caso de una república —si esa halagadora designación se considera aplicable al tipo de dictadura semicolonial que comprende— cuyo cultivo principal es el plátano o la caña de azúcar, en la cual la mayor parte de la producción agrícola se realiza en plantíos, y donde la población agrícola es predominante, o

en gran parte, no de campesinos sino de trabajadores agrícolas. En esos países fue tan absolutamente completa la expropiación del campesino por los dueños nacionales y extranjeros de las plantaciones, que hasta la misma idea de llegar a poseer algo de tierra, en forma individual, ha desaparecido casi totalmente de la mentalidad del proletariado rural. En el programa de tales lugares no cuenta en absoluto el reparto agrario general, y la nacionalización de los plantíos pone, de inmediato, a disposición del conjunto que forma la sociedad, el excedente que anteriormente poseían las grandes compañías nacionales y extranjeras. Mas esto no quiere decir que todo el excedente así liberado pueda dedicarse a la inversión; posiblemente una gran parte tenga que emplearse para mejorar, en seguida, las miserables condiciones de vida de la población económicamente activa: asimismo, ciertas complicaciones y desavenencias en el proceso de reorganización de la economía, las dificultades consiguientes para asegurar nuevas fuentes de abastecimientos esenciales, así como para descubrir nuevos mercados para las exportaciones acostumbradas —todo esto debido, en gran parte, al sabotaje y obstrucción llevados a cabo por la clase que gobernaba con anterioridad en el país y por sus aliados y protectores en el extranjero— pueden disminuir transitoriamente la producción total y, por consiguiente, también el volumen del excedente disponible. En esa situación, la posibilidad de salvar todos estos obstáculos depende, a tal grado, de diversos factores económicos y políticos del país y extranjeros, que es muy difícil formular una generalización que se adapte a cada caso en particular. Claro ejemplo de lo que quiero decir es la dramática experiencia de Cuba a partir de su gran revolución.²⁶

De esta manera, todos y cada uno de los países subdesarrollados presenta una extensa gama de aspectos económicos, sociales, culturales y políticos, y nada sería más útil que tratar de obligarlos a adaptarse a un molde rígido de una “fórmula universal”. Pero así como no debe permitirse que la satisfacción intelectual obtenida por el descubrimiento de una extensa generalización desvíe la atención de la calidad específica de las realidades concretas, así también no debe dejarse que la determinación de los detalles impida los conocimientos sólo asequibles a través de reflexiones generalizadas —es decir, teóricas—. Esto me trae a lo que mencioné anteriormente como reiteración de mis puntos de vista sobre el problema básico que confrontan los países de escaso desarrollo económico. Son dos los conocimientos principales que no deben confundirse por medio de cuestiones de importancia secundaria o de tercer orden.

El primero es que, si lo que se busca es un *rápido* desarrollo económico, resulta indispensable una planeación económica total. Es posible

²⁶ En Cuba: *Anatomy of a Revolution*, 2ª ed., Nueva York, 1961, por Leo Huberman y Paul M. Sweezy, puede hallarse un amplio relato de los acontecimientos en Cuba; así como un trabajo detallado sobre las observaciones anteriores, en mis *Reflections on the Cuban Revolution*, 2ª ed., Nueva York, 1961. Véase también EL TRIMESTRE ECONÓMICO, vol. XXVIII, núm. 111, p. 383.

suponer que ocurran al margen, por decirlo así, algunas modificaciones pequeñas y graduales ocasionadas por un proceso experimental espontáneo. Sin ningún mayor esfuerzo de planeación puede obtenerse, por lo común, un pequeño por ciento de aumento en la producción de cualquier artículo que ya haya sido fabricado, elevando algo su precio y dejando que los ajustes necesarios “se realicen por sí mismos”. No obstante, si el incremento de la producción total de un país ha de alcanzar la magnitud de, digamos, 8 o 10 % anual, y si para lograrlo tiene que cambiarse radicalmente la manera de utilizar los recursos materiales y humanos de la nación, abandonando ciertos renglones menos productivos y adoptando otros más remuneradores, entonces solamente un esfuerzo premeditado de planeación de largo alcance puede garantizar la realización del objetivo. Pocas divergencias existen en realidad sobre esto entre quienes estudian formalmente el tema.²⁷ Lo que acaso sea todavía más importante es que, a este respecto, no hay ninguna ambigüedad en los antecedentes históricos. En tanto que, conforme a los cálculos más conservadores, las tasas de crecimiento económico por persona han llegado a la categoría de un 10 % anual en los países socialistas, en los países capitalistas —tanto adelantados como subdesarrollados— rara vez han excedido del 3 %, salvo en ciertas circunstancias extraordinarias de épocas de auge en tiempo de guerra y en periodos de reconstrucción durante la posguerra.

El segundo conocimiento, de importancia crucial, es que no es posible llevar a efecto ninguna planeación, digna de ese nombre, en una sociedad en la cual los medios de producción permanecen bajo el control de intereses privados que los administran con el objeto de lograr utilidades máximas (o garantías u otras ventajas particulares) para sus propietarios. Pues es parte del propio espíritu de la planeación extensa del desarrollo económico —lo que la hace, realmente, indispensable— que la norma de distribución y utilización de los recursos, que debe imponer si quiere cumplir su finalidad, sea *necesariamente* distinta de la que predomina bajo el *statu quo*. Sin embargo, como la norma reinante de distribución y utilización de los recursos corresponde, cuando menos aproximadamente, a los mejores intereses de la clase dominante, es inevitable que cualquier intento serio de planeación entre en fuerte pugna con la clase dominante y sus aliados nacionales y extranjeros. De una de estas tres maneras puede resolverse este conflicto: si un gobierno capitalista crea una Junta de Planeación, ésta puede estar a cargo —como el propio gobierno— de los intereses dominantes, sus actividades pueden convertirse en una simple farsa, y emplear su existencia únicamente para que el pueblo sojuzgado alimente la

²⁷ No es este un lugar adecuado para examinar la literatura correspondiente al tema; será bastante con que mencionemos los escritos de H. B. Chenery, E. S. Mason, T. Scitovsky y J. Tinbergen, cuyo tópico principal es demostrar la necesidad de la coordinación y sincronización de la inversión, si es que se quiere promover eficazmente el rápido desarrollo económico de los países subdesarrollados (o, para el caso, desarrollados).

ilusión de que “algo constructivo se está realizando” en relación con el desarrollo económico. La segunda posibilidad consiste en que la Junta de Planeación, establecida por un gobierno de reforma, permanezca más o menos inmovible a las influencias, apremios y cohechos de los intereses poderosos, cuente con un personal de honrados reformadores que creen en la independencia y omnipotencia del Estado en la sociedad capitalista y ponen todo su empeño en introducir cambios trascendentales en la economía nacional. En ese caso, la Junta está sentenciada a encontrar una tenaz resistencia y sabotaje por parte de la clase gobernante; si llega a realizar algo, es muy poco; y termina en un estado de frustración e impotencia, con el resultado fatal de desacreditar la misma idea de la planeación a los ojos de grandes núcleos de población. La tercera alternativa es que la planeación se convierta en el grito de batalla de un extenso movimiento popular, que entable una lucha implacable contra los beneficiarios emboscados del *ancien régime*, y se transforme en el principio fundamental para la organización de la economía mediante una victoriosa revolución social que elimine totalmente la antigua clase gobernante, a un tiempo con la institución de la propiedad privada de los medios de producción sobre la cual descansa su propia existencia.

Quizás se haga la objeción de que todo esto bien puede ser cierto si se acepta la premisa fundamental: que lo que se necesita es un *rápido* desarrollo económico. ¿Pero, para qué esta prisa? O, si se me permite hacer uso de una expresión reciente de un escritor sobre la economía soviética, ¿por qué esta “obsesión” con el crecimiento económico? El solo hecho de formular estas preguntas pone de manifiesto la distancia intelectual a que se encuentran los observadores occidentales de las condiciones de vida que privan en los países subdesarrollados, y del estado de ánimo de la gente que tiene que soportarlas. Vivimos en una época en que la miseria, el hambre y las enfermedades ya no pueden aceptarse como una fatalidad ineluctable, y es en nuestro siglo cuando la obra constructiva del socialismo ha pasado del dominio de la teoría al imperio de la práctica. Los pueblos de las regiones atrasadas ahora *saben* que el progreso económico y social *se puede* organizar, si se cuenta con voluntad, determinación y valor para declarar una guerra contra el desarrollo insuficiente, y si se tiene la resolución inquebrantable de librar esa lucha ante una resistencia muy enconada por parte de los explotadores nacionales y extranjeros.

IV

De los antecedentes históricos con que contamos se desprende claramente que la lucha es prolongada, ardua y cruel. Aun cuando es decisiva, la victoria de la revolución socialista es apenas un triunfo “en su primera etapa”. El establecimiento del sistema capitalista de producción y del régimen

burgués, cuando se logró plenamente, tuvo necesidad de varios siglos de sucesos catastróficos. Es, pues, difícil esperar, aun en nuestra época en que todo marcha con mayor rapidez, que la grandiosa transformación social de todas las cosas —la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y, por ende, la explotación del hombre por el hombre— se llegue a realizar completamente en unas cuantas décadas. Bastante comprensible es que para muchos la ascensión parezca a veces tan empinada, y tan desesperante y difícil la marcha hacia la cumbre. Como es imposible intentar aquí un análisis completo de las barreras y problemas que se interponen en el proceso de la construcción socialista, me limitaré a unas cuantas observaciones breves relativas a ciertas zonas donde los obstáculos han sido particularmente evidentes en los últimos tiempos.

Destaca entre éstos, en primer lugar y de manera prominente, la palestra internacional en donde las revoluciones sociales, no importa dónde ni cómo se desenvuelvan, encuentran la implacable hostilidad de la clase gobernante de los Estados Unidos —la fortaleza más poderosa de la reacción que existe actualmente en el mundo—. No hay ningún régimen demasiado perverso, ni gobierno tan criminalmente negligente de los intereses vitales de su pueblo, ni dictadura lo bastante cruel y retrógrada, que no cuente con el apoyo económico, militar y moral de la potencia guía del “mundo libre” —desde luego, siempre que compruebe su lealtad a la Santa Alianza antisocialista—. Al mismo tiempo, no hay ningún movimiento popular, por muy extenso y heroico que sea, ni ningún gobierno socialista, aunque haya sido electo democráticamente y esté dedicado por entero al adelanto de su pueblo, que pueda contar con que no intervengan en sus asuntos quienes jamás se cansan de hacer hipócritas profesiones de fe en el progreso social y en los procedimientos democráticos. La creciente agresividad de las potencias imperialistas —grandes y pequeñas— obstruye inmensamente el progreso económico y social de los países que han tomado la ruta de la construcción socialista.²⁸ Si observamos el problema en términos puramente económicos y consideramos la carga de los gastos para la defensa, impuestos a los países socialistas por la amenaza omnipresente de la agresión imperialista, podemos claramente advertir la magnitud del costo que, su enemigo de clase, obliga a pagar a los incipientes países socialistas.²⁹

²⁸ El grave daño hecho al grandioso esfuerzo revolucionario del pueblo cubano por la estrategia de “aniquilación por hambre” usada por el imperialismo norteamericano, es el caso actual más notable e indignante.

²⁹ Quienes están tan sugestionados por la propaganda mendaz del imperialismo que creen que la enorme construcción de armamentos en los Estados Unidos está regida por el temor a una agresión por parte de los países socialistas, deben leer la obra monumental del profesor D. F. Fleming, intitulada *The Cold War and Its Origins*, en 2 volúmenes, Nueva York, 1961, así como el relato revelador del curso real de las negociaciones sobre el desarme en los últimos años, escrito por el profesor J. P. Morray, y cuyo título es: *From Yalta to Disarmament: Cold War Debate*, Nueva York, 1961. Es difícil creer que quienes estén dispuestos a reconocer la verdad, no se impresionen con las pruebas incontrovertibles que se reúnen en estos estudios extraordinarios.

La desviación en gran escala de los recursos de la inversión, la construcción de casas y la producción de bienes de consumo, que se necesita para el mantenimiento de la indispensable institución de la defensa, disminuye las tasas de crecimiento económico de los países socialistas, impide un aumento más rápido en los niveles de vida de sus pueblos, y crea y vuelve a producir dificultades y embotellamientos en sus economías. Los países socialistas tendrán que llevar a costas esta pesada carga mientras exista la amenaza imperialista; no disminuirá su gravamen sino hasta que se hayan fortalecido a tal grado —a pesar de ella— las economías socialistas que puedan reducir, en gran medida, su peso *relativo*.

El segundo aspecto en el que han sido más señaladas las dificultades de los países socialistas es el de la producción agrícola. Ahí, son múltiples las causas de las dificultades. El proceso de industrialización que, por necesidad, va acompañado de un desplazamiento de población de las zonas rurales a las urbanas, y el mantenimiento de una institución militar que consume pero no produce, han elevado considerablemente la demanda total de productos alimenticios y de otros productos de la agricultura. En términos generales, este incremento de la demanda en ninguna parte ha ido acompañado de una expansión suficiente de la oferta; lo cual se debe esencialmente al hecho de que mientras en los países que tienen un gran volumen de desocupación en sus poblaciones pequeñas se pudo aumentar, con *relativa* rapidez la productividad *por cada hombre que trabaja*, resultó ser un proceso en extremo lento el aumento de la productividad *por acre*. Es así como, aunque lo que pudiera llamarse la revolución mecánica en la agricultura, ocasionada por la introducción de la electricidad, los tractores, las segadoras con trituradores, y otros implementos análogos, llevó a cabo su finalidad de dejar en libertad a millones de campesinos para dedicarlos a ocupaciones no-agrícolas, *no* dio como resultado los aumentos espectaculares por acre de tierra que esperaban muchos teorizantes económicos —tanto marxistas como no-marxistas—. El aumento de la productividad por acre depende, evidentemente, mucho más de lo que se suponía, de la revolución *química* operada en la agricultura: en el empleo de fertilizantes sintéticos y de otras clases, en la selección de las semillas, en la adopción de métodos mejorados para la cría de ganado, y así sucesivamente. De modo inevitable, este es un proceso lento: los agrónomos consideran que un 2 o 3 % de aumento en la producción anual por acre constituye un rendimiento respetable. La realización de esa tasa de crecimiento se afirma en la disponibilidad de los abastecimientos necesarios (fertilizantes, semillas escogidas, animales de cría, etc.), pero también en la pericia, asiduidad y paciencia de los agricultores.³⁰

³⁰ Claramente, la situación es algo distinta en ciertas partes del mundo donde la subocupación de la mano de obra en la agricultura está equilibrada por una utilización insuficiente de tierras cultivables —como en el caso de Cuba—. En esas circunstancias, puede aumentarse rápidamente la producción

Esto, a su vez, nos señala otra complicación surgida tanto en la Unión Soviética como en otros países socialistas en vías de industrialización, la cual proviene del hecho de que la industrialización de un país agrícola, particularmente en sus primeras fases, implica, como algo por completo natural, que se “ensalcen las ventajas” del trabajo industrial, y que adquieran gran realce su atracción y prestigio. La construcción de nuevas y grandes instalaciones industriales, de obras formidables de energía eléctrica que revolucionan la vida de regiones enteras, son emocionantes realizaciones de la técnica que pasan a ocupar el primer plano de la atención nacional (e internacional), convirtiéndose en objetos de sumo orgullo —justificado— y a los cuales se les asigna una parte preponderante de publicidad, los esfuerzos organizadores y políticos del gobierno, y una escasa capacidad administrativa y científica. En comparación, la penosa faena cotidiana de las labores agrícolas queda relegada al fondo oscuro y triste de la existencia social. Cualquier joven o muchacha con ambición, capacidad y energía, ya no desea permanecer “estancado” en la lenta rutina de las labores agrícolas, encerrarse dentro de la “mediocridad de la vida rural” y limitarse, en su crecimiento y desarrollo, sólo a lo que buenamente pueda lograr, aun en la colectividad agrícola más progresista. El hechizo de la ciudad, de las oportunidades que brinda al adelanto material y social, de educación, y para participar en las actividades culturales y recreativas, así como el anhelo de convertirse en un miembro de la clase obrera industrial —el sector más respetado de la sociedad— ejercen un influjo casi irresistible sobre la generación joven; cuyo resultado es que, cada vez más, la agricultura va siendo abandonada por sus mejores trabajadores potenciales, y queda en manos de gente de edad o de quienes carecen de la imaginación, el espíritu de empresa y el impulso necesario para lanzarse a la conquista del “grande y ancho mundo”³¹

Esta situación contribuye, en gran medida, al retraso persistente del crecimiento de la productividad en la agricultura; tampoco es fácil compensar, mediante el empleo de ciertos recursos técnicos, la escasez relativa de la fuerza de trabajo agrícola. Mediante un impulso específico que le es propio, el trabajo en la industria produce hábitos de disciplina y establece normas de ejecución. La índole colectiva de la actividad de que se trata, su estructuración y periodicidad por medio del empleo de transportadores y artefactos semejantes, la interdependencia y la naturaleza indispensable de ciertas operaciones específicas —todo esto impone al trabajador industrial cierto ritmo de trabajo que fija el sentido, determina el movimiento y responde, en gran medida, de sus resultados. En la agricultura la situa-

agrícola total, cuando menos en las primeras etapas, si se dedican al cultivo zonas que con anterioridad no habían sido cultivadas.

³¹ La situación en la Unión Soviética después de la segunda Guerra Mundial fue agravada seriamente por las bajas sufridas por la población masculina en el sector agrícola, las cuales alcanzaron mayor grado que las del proletariado industrial, al que con más frecuencia se le eximía del servicio militar.

ción es completamente diferente— a pesar de la modernización que ha ocurrido en los métodos de producción agrícola. Fuera de algunas funciones colectivas, el obrero individual trabaja, en gran parte, aisladamente; pues, ya sea que esté arando un campo o atendiendo a un animal, es su iniciativa (de él o de ella), su escrupulosidad y esfuerzo, los que influyen señaladamente en el grado de éxito obtenido; y donde el conservatismo fanático, la irresponsabilidad, y la aversión a esforzarse en el trabajo son las características de los que laboran en la agricultura, la producción total agrícola está sentenciada a resentir un perjuicio grave.

La tendencia de la flor y nata de la fuerza de trabajo agrícola a emigrar hacia las ciudades en busca de ocupación, bajo el régimen capitalista, ha sido restringida comúnmente por la lentitud del proceso de acumulación de capital y por la escasez, más o menos crónica, de empleos urbanos que de ello resulta; por consiguiente, la agricultura quedó atestada, es enconada en ella la competencia, y la productividad y el ingreso real por trabajador aumentó mucho más lentamente que la productividad por acre de tierra. Las cosas tenían que tomar un distinto cariz en la sociedad socialista. La organización colectiva de la agricultura en gran escala que, al suprimir las improductivas tenencias minúsculas del campesinado, crea las condiciones indispensables para el crecimiento sostenido, a largo plazo, de la producción agrícola, transforma al campesino en un obrero industrial que trabaja en la agricultura. De esta manera, lo aísla de la influencia ruinosa del mercado capitalista, lo inmuniza contra las vicisitudes de la lucha competitiva, *sin que, al mismo tiempo, lo coloque dentro del sistema de integración, coordinación y disciplina, que es característico de la moderna empresa industrial en gran escala.* Y lo que es aún más paradójico e importante desde el punto de vista económico: al ascenderlo a la categoría de miembro activo calificado de una sociedad socialista, le concede automáticamente el derecho a una parte de la producción total social, al ingreso real que, cuando menos, es más o menos igual a las participaciones de otros trabajadores más productivos.

En realidad, esto equivale a invertir la relación anterior: la agricultura resulta ahora subvencionada por la industria. Lo cual es exactamente como debe ser, salvo que estos subsidios no dan como resultado una expansión adecuada de la producción agrícola. Este problema puede resolverse a plazo más largo, y es indudable que se resolverá. Una vez que se ha alcanzado una etapa considerablemente mayor de desarrollo económico, casi se igualarán las condiciones de vida y de trabajo tanto en la ciudad como en el campo, y será posible tomar las providencias necesarias para movilizar a los obreros bien preparados, calificados y con sentido de responsabilidad y conciencia sociales, no solamente del pueblo hacia la ciudad sino también de la ciudad hacia el pueblo, convirtiendo estos dos movimientos en un medio general para darle más realce a la variedad, estímulo y satis-

facción que provienen del trabajo productivo tanto en la industria como en la agricultura. Sin embargo, antes de que se llegue a esa situación, todavía hay mucho camino por andar. Mientras tanto, en diferentes países socialistas se ha depositado la confianza en distintos paliativos. En algunos países se ha detenido (o hasta se ha invertido) el proceso de colectivización de la agricultura, mediante un intercambio regulado entre la ciudad y la aldea que sustituye a la socialización inmediata de la agricultura. En otro país socialista, China, se ha buscado una solución en el sentido opuesto, mediante una transformación más rápida de la economía rural en un sistema de empresas agrícolas en gran escala, disciplinadas y administradas desde un punto de vista social. En la Unión Soviética se ha seguido un procedimiento intermedio: se han puesto “nuevamente de relieve” las ventajas de las labores agrícolas, se ha aumentado cuanto ha sido posible la inversión en la agricultura y se han acrecentado los incentivos para los agricultores colectivos, mediante un cambio en los precios relativos favorables a la agricultura. Muchas de estas medidas someten a un esfuerzo social adicional a la economía industrial, hacen rebajas en los salarios reales de los obreros industriales, y disminuyen el volumen del excedente susceptible de invertirse fuera de la agricultura, disminuyendo de esta manera la velocidad del ritmo de crecimiento económico. Aun así, las dificultades en la agricultura, no insuperables; pero que impiden y retardan seriamente el desenvolvimiento de las sociedades socialistas, sólo representan una parte del precio enorme que tienen que pagar éstas por el hecho de haber surgido primero en el seno de países de escaso desarrollo económico.

Es con base en esta estrechez económica —la insuficiencia de la producción agrícola para mantenerse al ritmo de los crecientes niveles de vida del pueblo, y la escasez de producción industrial ante demandas en rápido aumento tanto del interior como del exterior de los países socialistas considerados aisladamente— así como en la intensificación de la lucha de clases en la escena internacional, como debemos considerar los problemas *políticos* dentro del campo socialista. En esta categoría está en primer lugar el problema fundamental de retener el apoyo popular para el gobierno socialista durante la etapa del esfuerzo máximo necesario para iniciar “el paso-hacia adelante”. Lo que se ha dado en llamar “la revolución de expectativas de mejora”, que se está propagando a través de todos los países subdesarrollados del mundo, confronta no sólo a los regímenes reaccionarios y corruptos que tratan de apaciguarla por todos los medios disponibles, sino también a los gobiernos revolucionarios ocupados en planes de desarrollo económico y socialismo. Puesto que un plan racional de avance económico requiere no una política oportunista de aumento inmediato del consumo popular, sino una estrategia cuidadosamente planeada para asegurar las máximas tasas de crecimiento posibles en un horizonte de planeación de, digamos, 10 a 20 años, no solamente es posible sino también muy

probable que durante la primera fase del esfuerzo, el consumo popular aumente muy lentamente, si es que llega a aumentar. Sólo después de que las bases de una economía progresista están firmemente establecidas, y la etapa inicial de trabajo intenso finalizada, puede el sistema empezar a rendir sus frutos en forma de una oferta creciente de bienes de consumo, casas-habitación, y otros elementos de tipo semejante.

Sin embargo, las masas que han pasado por una revolución, que han luchado y sufrido en amargas luchas contra sus enemigos de clase y explotadores tanto nacionales como extranjeros, buscan y se sienten con derecho a mejoras inmediatas en la vida diaria de sus ciudades y villas. El novel gobierno socialista no puede conjurar tales mejoras ordenándoles que surjan de la tierra. Empeñado aún en la "revolución ininterrumpida", debe demandar "sangre, sudor y trabajo" sin estar capacitado para ofrecer las remuneraciones correspondientes *hic et nunc* [aquí y ahora]. Sólo los grupos sociales con más conciencia de clase y los que tienen un conocimiento profundo del problema reconocen y comprenden los problemas momentáneos implicados. El grueso de la población, desacostumbrado a pensar en términos de las necesidades económicas y perspectivas a largo plazo puede fácilmente volverse descontento, puede caer presa de la propaganda enemiga que busca capitalizar sus supersticiones e ignorancia tradicionales, puede perder la fe en la revolución. No comprenden que el sufrimiento bajo el *ancien régime* era un sufrimiento para el beneficio de sus señores nacionales y de sus explotadores imperialistas, que la miseria que tuvieron que soportar en el pasado era una miseria sin esperanza y perspectiva —mientras que las privaciones que acompañan a la revolución son los dolores de parto de una nueva y mejor sociedad—. E ignorando esta diferencia fundamental, con frecuencia se vuelven apáticos y aun hostiles a la revolución. Esto da lugar inevitablemente a un conflicto más o menos agudo entre el socialismo y la democracia, entre las *necesidades* del pueblo a largo plazo y sus *deseos* a corto plazo. En estas circunstancias la dedicación sin vacilaciones y sin compromisos del gobierno socialista a los principales intereses de la sociedad como un todo, su deber indudable de defender estos intereses contra sus enemigos extranjeros y nacionales no menos que contra los oportunistas y los traidores infiltrados entre sus adherentes crea la necesidad de la represión política, de la limitación de las libertades civiles, de la limitación de la libertad individual. Esta necesidad sólo puede disminuir y eventualmente desaparecer cuando los obstáculos a los objetivos están casi superados, cuando los más apremiantes problemas económicos están casi resueltos, y cuando el gobierno socialista ha alcanzado un grado de estabilidad y equilibrio.³²

Surgiendo de la misma causa básica —en una palabra: la pobreza—

³² La experiencia soviética durante la última década proporciona un excelente ejemplo de este desarrollo.

está la segunda categoría de los problemas que aquejan al campo socialista: las relaciones entre los países socialistas. Es evidente que estas relaciones no han sido tan armoniosas como cualquier socialista hubiera deseado que fuesen; mas, aunque causan una preocupación legítima, debemos someterla a un análisis imparcial y situarlas en una perspectiva histórica apropiada. Aunque no dispongo de nada parecido a una información adecuada, por lo poco que he podido saber parece que las causas de las tensiones existentes se relacionan con varios problemas íntimamente interdependientes.

Uno de ellos se refiere a la distribución de los recursos económicos dentro del ámbito socialista, y esencialmente proviene de las inmensas diferencias en el grado de desarrollo económico alcanzado de un modo individual por cada uno de los países socialistas. Expresado en su forma más sencilla, el problema estriba en saber ¿cuánta ayuda deben prestar los miembros económicamente más adelantados del campo socialista —primordialmente la Unión Soviética, pero también Checoslovaquia, la República Democrática Alemana, y Polonia— a otros países socialistas menos (muchísimo menos) desarrollados? Con certeza, tal problema no existiría si todos los países socialistas fueran casi igualmente ricos o si todos fuesen casi igualmente pobres. Es obvio, también que, en la actualidad, es por completo imposible llevar a cabo una *igualación*, ni siquiera aproximada, de los ingresos *per capita* entre los países que tienen y los que no tienen, en el campo socialista; pues, de llevarse a la práctica, tal medida disminuiría drásticamente los niveles de vida de los, digamos, 250 millones de personas que viven en las regiones económicamente mejores del mundo socialista, y aun cuando esa medida pudiera acelerar mucho el crecimiento de las partes en las cuales privan peores condiciones económicas, pobladas por más de 700 millones de personas, no sería factible en absoluto, ni desde el punto de vista político ni del social, ya que, de hecho, equivaldría al suicidio del socialismo en las naciones más afortunadas.

Claro está que este punto no se encontraba en el programa mientras la Unión Soviética y otros países socialistas europeos pasaban por las penalidades inherentes a la reconstrucción de la catástrofe económica causada por la guerra y, por tanto, entonces no pudieron proporcionar otra cosa que una ayuda simbólica a los países de nuevo acceso, peor situados en el campo socialista. Esta necesidad se hizo más urgente a mediados de la década de los cincuentas, pues para entonces la Unión Soviética ya había logrado grandes adelantos en su reconstrucción y progreso económicos, por lo que —después de la muerte de Stalin— se embarcó en un plan de liberalización política y económica de gran alcance. En el dominio económico, esto implicó un cambio, de una política anterior de austeridad y limitación del volumen corriente de consumo, a fin de lograr las tasas más elevadas de inversión y crecimiento asequibles, a un aumento notable

en la oferta de alojamientos, bienes manufacturados de consumo y productos alimenticios al pueblo soviético que había sufrido dolorosas privaciones durante el periodo de industrialización de la preguerra, y que todavía se vio obligado a hacer enormes sacrificios durante los desastrosos años de la guerra. En el ámbito de la política, significó un cambio drástico en la atmósfera general que prevalecía en la sociedad soviética la eliminación de las medidas políticas represivas y la ruptura con el dogmatismo rígido que afectó todos los aspectos de la vida soviética durante el gobierno de Stalin. Por lo que atañe a las relaciones internacionales, el nuevo plan de acción comprendía un serio esfuerzo para llegar a algún arreglo con los Estados Unidos con miras a la preservación de la paz, a la disminución de la carga de los armamentos, y para garantizar un relajamiento de las tensiones internacionales, necesario para la consolidación y progreso de las sociedades socialistas en la Unión Soviética, así como en los países que entraron por la ruta del socialismo después de la segunda Guerra Mundial. Realmente, el adelanto y bienestar crecientes de estas sociedades socialistas fue declarado como una de las influencias más importantes para la expansión ulterior del socialismo en el mundo. En lo que pareció ser una repudiación o, cuando menos, una importante modificación de la teoría convencional del imperialismo, los nuevos dirigentes soviéticos declararon que no era imposible esa clase de arreglo, en vista del cambio radical en el equilibrio del poder mundial, ocasionado por el rápido aumento en la fuerza del bloque socialista y por la desintegración progresiva del control imperialista sobre países coloniales y subordinados. Este proceso se aceleró, de hecho, por la concesión de ayuda económica y política a las naciones de nueva aparición.

Algunos de los aspectos de esta nueva actitud política fueron considerados con escepticismo en China y en otros países socialistas, que todavía se encuentran luchando desesperadamente con los obstáculos iniciales, más formidables, en su marcha hacia el desarrollo económico. En ese desacuerdo quedaron incluidos la oportunidad y sensatez del programa de liberalización en la Unión Soviética, considerado a la luz de las necesidades del campo socialista en su *totalidad*, la valuación del "apaciguamiento" de las potencias imperialistas, y el criterio con respecto a lo que constituye la mejor estrategia en la lucha contra el imperialismo y a favor de la paz y del socialismo.³³

³³ En Albania y probablemente en otras partes, se afirmaba también, en forma evidente, que las concesiones y créditos otorgados por el Soviet a ciertos países subdesarrollados no-socialistas, eran solamente un reflejo de la ilusión de que se ganarían de verdad para la causa de la paz y del socialismo a los gobiernos de esos países. En un momento decisivo, y sin hacer caso de los favores que pudieran haber recibido de la Unión Soviética y de otros países socialistas, estos gobiernos traicionarían a sus bienhechores, uniéndose al campo imperialista. Por consiguiente —se afirmaba—, todos los recursos repartidos a tales amigos inseguros se desperdician, pudiéndose y debiéndose emplear, con mayor provecho, en la ayuda a países socialistas. He aquí lo que se informa en un artículo escrito por F. Konsantinov, editor-jefe del *Kommunist*, órgano teórico oficial del Comité Central del Partido Comunista

Pero aunque sumamente acentuada en el curso de estos últimos años, no fue sino hasta la celebración del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en el otoño de 1961, cuando hizo erupción la controversia en un conflicto mayor que fue reconocido públicamente. Aun cuando todavía retiene sus raíces, la discusión se ha exasperado debido a varios acontecimientos. En los dos últimos años, por causas que no sería muy largo exponer, el desarrollo económico de China ha experimentado un grave retroceso³⁴ y, por consecuencia, ha aumentado considerablemente su necesidad de recibir asistencia económica, en gran escala, de la Unión Soviética. La política soviética sigue entregada, al mismo tiempo, a continuar por la ruta trazada de una más amplia liberalización. Lo cual fue proclamado solemnemente en el programa de construcción socialista en la Unión Soviética, adoptado por el Congreso, que provee lo necesario para lograr aumentos espectaculares, no solamente del producto nacional bruto de la URSS durante los próximos veinte años, sino también una disminución significativa en el número de horas de trabajo de los obreros soviéticos, y una gran mejoría del nivel general de vida del pueblo soviético. Naturalmente, surge la interrogación de si es necesario determinar los objetivos en relación con el bienestar soviético tan elevados como fueron fijados en el nuevo Programa, y si la política adoptada con respecto a las tasas de crecimiento de la economía total, combinada con metas algo menos ambiciosas en términos de *consumo*, no dejarían un margen mayor para la realización de un programa de asistencia en gran escala a otros países socialistas. En otras palabras, ¿no adopta la dirección del Partido Soviético un punto de vista "nacionalista", demasiado estrecho en relación con las necesidades y requisitos del campo socialista *total* y, acaso, no concentra demasiado su atención en el rápido mejoramiento de la situación económica del pueblo soviético? Y un progreso más rápido en las economías de China, Corea del Norte, Vietnam del Norte, y otros países socialistas subdesarrollados, ¿no produciría un efecto más grande sobre el mundo, en general, y sobre los pueblos de los países subdesarrollados no-socialistas, en particular, que si la Unión Soviética "alcanza y supera los niveles de vida norteamericanos" en un lapso de veinte años, tal como lo proyecta el nuevo Programa, en vez de los treinta, digamos, que necesitaría si destinara una proporción mayor de su producto nacional al progreso de otras sociedades socialistas?

Estas interrogaciones se traducen, por sí mismas, en términos políticos. Como indicamos anteriormente, la desviación de la Unión Soviética de las políticas de austeridad y restricciones al consumo, tendientes a lograr

de la Unión Soviética: "Raskolnicheskaya, antimarksistskaya deyatelnost albanskikh rukovoditeley." ("La actividad divisiva, antimarxista, de los líderes albaneses".) *Kommunist*, noviembre de 1961, p. 48.

³⁴ Al parecer, en Albania les ha ido todavía peor, aunque, según ciertos informes, en ese país la falta estriba por encima de todo en la administración sumamente ineficaz por parte de la dirección del partido.

un rápido crecimiento, corre pareja con la campaña acelerada de “des-stalinización”, así como con la disminución y abolición progresivas del sistema de medidas represivas políticas que, en gran parte, se debieron al régimen anterior que implantó esfuerzos máximos y frugalidad absoluta. Se sobrentiende que nada podría ser más agradable para un socialista que el hecho de que la Unión Soviética evolucionara hacia una democracia socialista, logrando máximos niveles de bienestar social y disfrutando de un grado cada vez mayor de libertad individual. Ni los chinos que, en forma notable, permanecieron libres de los abusos de poder de Stalin, ni ningún otro socialista, han objetado, que yo sepa la eliminación y supresión drástica de todas las aberraciones y crímenes cometidos por Stalin y sus secuaces. El punto en discusión, por lo tanto, no es la “des-stalinización” *por sí misma*, sino el abandono de la política de “marchas forzadas” que se relaciona, de manera tan prominente, con el nombre de Stalin. Ni China ni algunos otros países socialistas se encuentran todavía *preparados económicamente* para el deshielo”, y al no estarlo, no les es posible adoptar programas de liberalización, aflojar las restricciones sobre el consumo y todas las demás que le acompañan, lo cual no sólo es factible actualmente en la Unión Soviética sino que constituyen las principales medidas tendientes al progreso económico, cultural y político de la sociedad soviética. Al explicar a sus respectivos pueblos sus políticas de rápida industrialización, de colectivización de la agricultura y de inevitable limitación del consumo, los gobiernos socialistas de China y algunos otros países socialistas hicieron uso extenso del ejemplo del Soviet y de la autoridad de Stalin, quien estaba considerado universalmente como el arquitecto principal de los éxitos soviéticos. El dramático derrumbe de esa imagen de Stalin, en momentos en que las políticas que él simbolizó no pueden todavía descartarse, constituye, sin lugar a duda, una fuerte conmoción política para los gobiernos socialistas que tienen aún que confrontar la clase de obstáculos que ahora ya ha podido vencer la Unión Soviética.

De manera análoga, en sus relaciones internacionales, China y otros países socialistas de Asia, se encuentran en una situación completamente distinta a la de la Unión Soviética y a la de los países socialistas europeos. Como todavía tienen partes importantes de sus países bajo el control del enemigo, se les trata de modo injusto desde el punto de vista político, se encuentran bajo la amenaza militar y están bloqueados económicamente por las potencias imperialistas, los países socialistas de Asia están mucho menos capacitados y dispuestos a aceptar una tregua con base en el *statu quo* reinante que los países socialistas de Europa. En tanto que en Europa la solución al problema alemán es el único punto en disputa importante que se interpone para un arreglo transitorio, cuando menos, los problemas en Asia son múltiples y complejos, y su solución parece menos probable aún que poder llegar a una transacción aceptable en el caso de Alemania. Esta

divergencia de la situación objetiva en China y en la Unión Soviética, contribuye, en forma evidente, a que en estos países cristalicen distintas apreciaciones de la situación internacional.

Con todo, aceptando los riesgos inherentes a toda clase de profesías, me atrevo a opinar que, pese a todo el ardor desplegado en la polémica actual y a las fuertes invectivas que se lanzan mutuamente los protagonistas, la pugna no ocasionará un daño irreparable a la causa del socialismo. La identidad fundamental de las relaciones de la producción, que prevalece en los países socialistas, demostrará, a la larga, que constituye un factor más poderoso que las divergencias temporales, surgidas entre sus dirigentes en relación con las tácticas y la estrategia a corto plazo. De la misma manera que el método socialista de producción sobrevivió a las odiosas fechorías de Stalin, así, las revoluciones socialistas en China y en otras partes subsisten como realidades históricas irrevocables que no se pueden alterar, mucho menos anularse, por cualquier desavenencia y desacuerdo que pueda estremecer transitoriamente sus superestructuras políticas. Es posible que lleguen a un acuerdo, con certidumbre y así sucederá; pero aun cuando los gobiernos socialistas de los países complicados en la pugna no logren llegar a un *modus vivendi* mutuamente aceptable, el distanciamiento resultante no necesita ni impedir el progreso continuo de cada uno de los países en su marcha hacia el socialismo, ni evitar su cohesión y solidaridad absolutas a su debido tiempo.

En conclusión: es un hecho predominante en nuestra época que la institución de la propiedad privada de los medios de producción —otrotra poderoso motor del progreso— resulta hoy una contradicción incompatible con el progreso económico y social de los países subdesarrollados, así como con el crecimiento, desarrollo y liberación del pueblo de los países adelantados. Aun cuando no constituye el aspecto decisivo, uno de los más importantes con relación a este antagonismo es el hecho de que la mayoría de las personas, en todas partes, todavía no reconoce ni comprende completamente la existencia e índole de dicho conflicto. Esto pone de manifiesto la poderosa influencia que ejerce sobre el espíritu humano toda una serie de creencias, supersticiones y fetichismos, provenientes de la misma institución de la propiedad privada de los medios de producción que, con tanta urgencia, es necesario eliminar. El argumento, predominante ahora en el pensamiento burgués, de que la “adaptación” del pueblo a un orden social pernicioso, así como su incapacidad e indisposición para rebelarse contra él, *comprueban* que tal orden social provee adecuadamente a las necesidades humanas, sólo nos demuestra que el criterio de la burguesía es culpable de traicionar totalmente sus más puras tradiciones de humanismo y razón. Bien podríamos preguntarnos, ¿cuál hubiera sido la reacción de los grandes filósofos del Renacimiento del siglo XVIII si se les hubiese dicho que la existencia de Dios está debidamente *comprobada* por el hecho de que

mucha gente cree en ella? Al sustituir la verdad y la razón por la ignorancia y las “preferencias manifiestas”, al deleitarse en todas las manifestaciones de irracionalidad y atraso, en los países adelantados o en los subdesarrollados, como si con ello quisiera demostrar la imposibilidad de un orden social más lógico, el pensamiento burgués se ha negado a sí mismo, en nuestros días, para volver a la triste condición que se aprestó a superar en su gloriosa juventud: el agnosticismo y al oscurantismo. Es así como ahora cambia las grandes realizaciones de todo esfuerzo intelectual —la investigación y aclaración de la verdad, la orientación y apoyo del hombre en su lucha por una sociedad mejor— por las despreciables funciones de querer hacer lógica la irracionalidad, inventar alegatos en defensa de la insensatez, servir como causa de una ideología de intereses creados, y reconocer, como una *necesidad* auténticamente humana, solamente a los intereses de aquellos para quienes el mantenimiento del *statu quo* constituye su única preocupación.